

Fondo Katí

¿Por qué España?

Corría el año 1999 cuando el investigador y poeta maliense Ismael Diadié Haidara saltaba a las páginas de los diarios españoles con la noticia de la reciente reunificación de una inigualable biblioteca de manuscritos andalusíes en Tombuctú.

Sabíamos de la existencia de antiguos manuscritos islámicos en los oasis mauritanos de Chinqueti, Wadán y Walata, así como del nombramiento de Tombuctú como ciudad patrimonio de la humanidad por la UNESCO, habida cuenta de su pasado glorioso como centro caravanero del desierto, de sus centenarias mezquitas y del patrimonio bibliográfico que guardaban sus medersas y particulares. Sin embargo la noticia, que saltaba a los rotativos internacionales por medio de las agencias españolas, sorprendía y llenaba de dudas tanto a investigadores y arabistas, como a políticos y personajes del mundo cultural. En efecto, la colección de manuscritos que se decía existir se trataba de la mil veces buscada biblioteca de Mahmud Katí, en cuyo hallazgo estudiosos franceses, expertos en el África Occidental Subsahariana, se habían aplicado infructuosamente desde el comienzo de la época colonial, dándola definitivamente por perdida.

Su propietario legítimo y reunificador, Ismael Diadié Haidara, reclamaba la atención de las autoridades españolas para la catalogación y conservación de un enorme corpus de unos 6.000 legajos, amontonados y guardados en arcones y sacas de cuero en su casa de Tombuctú en condiciones deplorables. Pero nadie, en principio, daba crédito a tan excepcional noticia. El primer paso que había que dar, por lo tanto, era lograr el aval de expertos que pudieran confirmar la veracidad de las afirmaciones de Haidara, por lo que éste recurrió a John Hunwick, profesor de Historia de las Religiones de la Northwestern University de Evanston, Illinois, quien a su llamada, después de visitar su domicilio y examinar el polvoriento contenido

de los cajones y anaqueles no dudó en atestiguar la autenticidad del corpus con un artículo en "News and Events" de enero del 2000, donde calificaba la aparición del fondo bibliográfico como "extraordinario descubrimiento" que posibilita, no solo el desarrollo de los estudios sobre la cultura islámica en diversos campos, sino también, y principalmente, "el estudio y comprensión de la historia social y política de las civilizaciones y gobiernos de la Curva del Níger del siglo XV en adelante".



Ruta seguida por Alí ben Ziyad el Toledano hasta Gumbú y localidades mencionadas en este artículo.

Vencer las reticencias de las autoridades culturales españolas resultó imposible hasta que, en febrero del 2000, y a iniciativa del desaparecido José Ángel Valente, amigo personal de Haidara, una treintena de intelectuales del mundo de las letras firmaron un manifiesto en favor de la veracidad y por la conservación de la biblioteca, que incluía, además de la del ya convaleciente Valente, la firma de personajes conocidos como Goytisolo, Sánchez Dragó, Muñoz Molina, y Saramago. Solo entonces tanto la Junta de Castilla-La Mancha como la de Andalucía comenzaron a tomar en consideración las propuestas y demandas que hacía Haidara desde la capital del desierto. Es así como, en septiembre del año 2003, de las cinco recomendaciones que hiciera Hunwick en su artículo –la transferencia de todo el fondo a Tombuctú; la catalogación detallada de sus documentos; la conservación física de los manuscritos; su digitalización; y la constitución de un comité de expertos que los examine- se ve cumplida la primera y se da un primer paso en la consecución de la tercera con la decisión de La Junta andaluza de construir un edificio biblioteca que actualmente alberga la simpar colección sobre una finca urbana propiedad del señor Haidara.



Edificio construido por la Junta de Andalucía en Tombuctú donde actualmente se guarda el Fondo Katí.

Pero ¿por qué tantas reticencias? ¿Por qué no presentar la biblioteca en París o Estados Unidos, de donde llueven continuas propuestas de compra y cooperación? Examinemos brevemente de qué se trata esta colección de manuscritos, qué desvela y enseña su reunificación y qué relevancia actual tiene para nosotros los españoles.

En primer lugar veamos quién fue aquel Mahmud Katí que da nombre a la biblioteca. En cierta ocasión, cuando comenzaba a interesarme por este asunto de la biblioteca, reunido con algunos profesores de historia del Liceo Mariamma Ba de la isla de Gorée, junto a Dakar, les pregunté si conocían el nombre y la obra de tal personaje. La respuesta del grupo de profesores fue afirmativa; autor del *Tarich el-Fettash*, reivindicado por el filósofo de la negritud Cheikh Anta Diop como el primer escritor negro africano conocido. En efecto, la figura y parte de la obra de Mahmud Katí, enterrado en Tombuctú en 1593, es mundialmente conocida en el mundo de la historiografía africana desde que los investigadores coloniales franceses Houdas y Delafosse encontraran y publicaran una copia incompleta de su principal obra, el mencionado *Tarich el-Fettash*, la primera crónica histórica escrita de los reinos del Níger, que comprende desde el siglo XVI al XVIII. Esta crónica confundió en un principio a sus editores debido a que fue comenzada por dicho autor en el mismo siglo XVI y continuada posteriormente por sus descendientes homónimos, quienes dieron cuenta de la instauración del bajalato marroquí en la cuenca del río sudanés. Obra mundialmente conocida también porque la UNESCO la incluye en su colección de publicaciones relevantes para el patrimonio y la memoria de la humanidad.

Según se puede comprobar en las anotaciones marginales de su propio puño y letra que se encuentran en los manuscritos del Fondo Katí, este primer autor negro africano, enciclopedista de exquisita educación, ministro del último gran Askia del Songhay, escribió mucho más que historia. Uno de sus escritos da cuenta de sus antepasados andalusíes, haciendo referencia al último de ellos, su padre, un Cadí originario de Toledo que dejó la península en 1468 llamado Alí ben Ziyad al-Qutí al-Mutawakkil bi´Allah al-Tulaituli al-Andalusí. Ahora bien, hoy sabemos que todos los Banu al-Qutí y

Banu al-Qutiyya que podemos encontrar en la larga historia de Al Andalus fueron descendientes de la familia de Witiza, el penúltimo rey goda. Y así lo afirman tanto Mahmud Katí en sus anotaciones, como Ricardo Izquierdo, catedrático de Historia Medieval.

Según queda ampliamente aceptado en los estudios árabe-andalusíes, la vieja nobleza musulmana de estirpe árabe, algunos omeyas, se fundieron en matrimonios y alianzas con la antigua nobleza goda en un intento por la supervivencia de ambas aristocracias en el nuevo territorio islamizado. Entre estos descendientes de la nobleza goda islamizados se encuentran, -según un enciclopédico trabajo de Ismael Diadié Haidara aun sin publicar, llamado *Corpus Qutii-*, al menos:

Sara la Goda, nieta de Witiza, sevillana famosa por su fuerte temperamento, estuvo en Damasco para reclamar frente al Califa su patrimonio injustamente expropiado.

Hafs ben Albar al-Qutí, posiblemente mozárabe y descendiente de Don Álvaro de Toledo, a su vez descendiente de Ágila, hijo de Witiza, fue traductor en 889 de un extenso poema salmódico llamado *El Salterio de David*.

Ibn Al-Qutiyya, tataranieta de Sara, historiador y cadí cordobés muerto en 997, también conocido como Abenalcotía, es autor de un *Libro de la conquista de Al-Andalus (Tariq iftitah al-Andalus)* publicada por la Real Academia de la Historia en 1926. Se trata de uno de los más antiguos textos históricos andaluces y abarca, con carácter épico romanceado y moralizante, desde la alianza que formaron los hijos de Witiza con Tariq y Musa contra Rodrigo para recuperar el trono de Toledo, hasta la muerte de Abd Al Rahman I de quien se mostraba acérrimo partidario. Se le atribuyen otras numerosas obras.

Isa ben Qutí, sabemos que vivó en Puente del Arzobispo en el siglo X. No consta que hubiese escrito ninguna obra.

Abu Bakr ben Al-Qutiyya, incluido en las ediciones sobre poesía árabe y andalusí que publicara en 1988 la revista Litoral de Málaga. De él se afirma que vivió en el siglo XI y que fue descendiente del gran historiador de la conquista de al-Andalus, ocupando el cargo de jefe de policía en la corte almorávide de al-Mutamid de Sevilla.

Suleiman ben Arit al-Qutí Al Tulaituli, conocido como Alcoatí, médico andalusí autor de un famoso tratado oftalmológico terminado en Sevilla en 1160 bajo los auspicios del gobernador almohade, mecenas de las artes y las ciencias, Abu Yaqub Yusuf, llamado *Libro de la figura del ojo*. Fue conocedor de las obras de Galeno e Hipócrates y profesor de innumerables oculistas que acudían bajo su magisterio. En su tratado incluye un capítulo dedicado a la estructura del globo ocular, con descripción de su anatomía y enfermedades, al igual que sus tratamientos médicos y quirúrgicos, con descripción del instrumental apropiado. Un capítulo sobre los medicamentos simples aplicables a cada caso así como otro dedicado a medicamentos compuestos con indicaciones para componer 163 diferentes colirios. Conocemos su obra a partir de dos manuscritos idénticos del siglo XIV escritos en latín, uno de ellos conservado en la Seo de Zaragoza, traducidos con seguridad de un mismo ejemplar perdido en árabe. En 1933 LLuis Destany publicó en Barcelona una versión en catalán traducida por el doctor Joan Jacme.

Tenemos igualmente noticia de un sacerdote del Toledo reconquistado del siglo XII llamado Al Qutí que publicó un *Debate Teológico* en el que reproduce las enzarzadas discusiones que tuvieron lugar entre él mismo y un prisionero de guerra cordobés a quién exhortaba a abrazar la fe cristiana. El formato de diálogo de la obra es posiblemente solo un género literario clásico, apropiado y conocido entre los letrados.

Mohamed Ibn al-Qutiyya, alfaquí de Cortes de la Frontera que escribió en 1491 una relación sobre la situación jurídica de las alquerías despobladas en la sierra rondeña, hoy conservada en los archivos catedralicios de Málaga.

Finalmente no debemos olvidar al último de esta increíble línea sucesoria hispana de Mahmud Katí, su padre Alí ben Ziyad al-Qutí, como decíamos, Cadí en una Toledo en la que ya quedaban pocos musulmanes, quien debido a sus implicaciones en las revueltas llamadas Fuegos de la Magdalena se ve forzado al exilio en 1468 llevándose consigo su biblioteca personal hasta la actual ciudad maliense de Gumbu. Este dejó unas valiosísimas anotaciones marginales sobre sus libros donde da cuenta de su destierro así como de sus intenciones de dirigirse al Bilad as Sudan, o tierra de los negros, "donde el Islam no se encontraba amenazado". Esta biblioteca toledana, unificada por su hijo Mahmud con la de su tío y protector, el gran Califa y Askia del Songhay, Mohamed ben Abu Bakr Sylla, después de su deceso, es la base de lo que hoy se conoce como Fondo Katí.

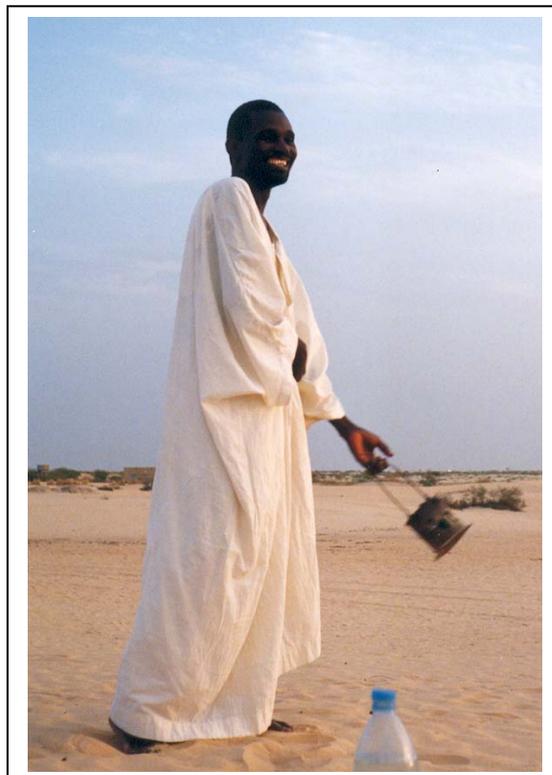
Por supuesto, no nos atreveríamos a afirmar que todos los Qutí y Qutiyyas de Al-Andalus están en la línea sucesoria directa de Mahmud Katí. Su árbol genealógico, con seguridad, se remonta al rey goda, pero este esquema tiene numerosas ramificaciones que se pierden entre los habitantes de la península. A una cualquiera de ellas quizás se remonten los antepasados de alguno de nosotros. Nada más hay que tomar las guías telefónicas de las provincias levantinas de la península, para encontrar el apellido Cutilla. No es esto lo excepcional de esta historia, pues aun siendo sorprendente que familias enteras del actual Malí guarden memoria escrita y puedan contar entre sus ancestros con tan ilustres personajes cristianos, al fin y al cabo, si nos remontamos hacia nuestros antepasados, todos tenemos algo de iberos, de romanos, de godos, de árabes o de bizantinos, pues esta, nuestra tierra hispana, ya sabemos que es mestiza.

Lo extraordinario es que esta colección de manuscritos haya llegado hasta nosotros. Sobreviviendo guerras, invasiones marroquíes, imperios desmoronados, gobiernos teocráticos, saqueos coloniales, divisiones frecuentes y reunificaciones parciales, los descendientes de Mahmud Katí se las arreglaron para que siempre hubiera, al menos, uno entre ellos, con la suficiente educación y estima por el saber y los libros, que se ocupase de una biblioteca que ha sido como un estigma para la familia durante cinco siglos. La pervivencia de la memoria, la recuperación de las ruinas del

pasado, la lectura del valor incalculable de lo escrito, en cuanto que historia susceptible de ser manejada y rescrita, se han impuesto en esta familia como una libre elección que señala y define el destino de quién al amor de los libros se dedica.

Así, tal como se plantea, el actual legatario y patriarca de la familia Outí en Malí, Ismael Diadié Haidara, es descendiente de Mahmud Katí, y por tanto, de Witiza. Pero, ¿tenemos alguna prueba de ello, cuando, ni siquiera su nombre se parece? ¿Por qué esa relación genealógica entre unos personajes pertenecientes a la historia de Al-Andalus y otros que pertenecen a la historia de Malí? ¿Por qué esas discrepancias entre los apellidos? Se preguntará el lector.

Bien. Veamos lo que ocurrió. En estos asuntos tienen mucha responsabilidad los arabistas, los filósofos, los historiadores e incluso los novelistas, con sus trabajos, opiniones y decisiones, y, aunque sea atrevido por mi parte, debemos criticarlos.



Ismael Diadié Haidara, actual patriarca de la familia Kutí y legatario de la biblioteca.

Para comenzar, sabemos que los reinos del Malí conocían su historia. La Hégira, año que marca el comienzo del calendario islámico y fecha que conmemora la huida de Mahoma de La Meca a Medina, ocurrió en el año 622 de nuestro calendario gregoriano. Menos de 100 años después el Islam comenzaba a entrar en la península ibérica en el 711, y unos 200 años después el polígrafo e historiador andalusí al-Bakrī nos documenta las relaciones existentes entre el califato de Córdoba y los reyes islámicos Sonray de Gao durante el siglo X. En el siglo XI está documentada la islamización del rey del Tékrour, War Jabí, en la zona norte del Senegal, las costas de poniente del Sudán. Los sucesivos imperios de Ghana y Melli, o Malí, estuvieron dudosos entre la islamización de sus aristócratas y comerciantes y la resistencia al cambio de las religiones animistas locales. De cualquier forma, el Islam, a través del Corán y la lengua Árabe, ha conseguido la alfabetización de la zona del Sudán occidental al menos para el siglo XII, cuando el gran emperador Kankú Moussa realiza su famosa peregrinación a La Meca.

Cuando llegaron allí los primeros investigadores coloniales franceses pudieron comprobarlo. Existía una historia escrita por al-Saadí en el XVII llamada *Tarikh As-Sudán* ampliamente copiada y manejada entre los letrados de las principales ciudades musulmanas, incluidas Djenné, Gao y Tombuctú. Poco después encontraron varias copias del *Tarikh el-Fettash*, amputadas y censuradas por los censores que designaron los gobernantes del teócrata Sheku Amadou a principios del siglo XIX. Su estudio y edición levantó no pocas dudas sobre la autoría de la obra, pues, tal como hoy se sabe, aunque fuera comenzada en el siglo XVI por el ministro del Askia Mohamed, Mahmud Katí, esta crónica histórica fue posteriormente ampliada por sus descendientes homónimos. Esto pudo explicarlo el mismo John Hunwick en un artículo llamado "Studies in Tarikh al Fetash, III. Kati's origin" cuando ya conocía la obra por medio del trabajo de Houdas y Delafosse y la existencia de la biblioteca perdida, pero aún no había podido entrar en detalle en los escritos de su primer redactor. Hoy se pueden estudiar por primera vez los autógrafos marginales que dieron lugar a las copias censuradas encontradas por los franceses. Al publicar por vez primera Houdas y Delafosse el "Fettash", en 1914, el nombre de su autor

había cambiado misteriosamente de “Mahmud ben Alí ben Ziyad al Outí” a “Mahmud Katí”, como hoy se le conoce hasta en los liceos senegaleses. El porqué de este cambio parece caprichoso, arbitrario e inocente, una simple adaptación a la lengua francesa, pero no lo es tanto si lo miramos a la luz de otros detalles.

Retrocedamos un instante. Cuando los aventureros de la primera mitad del siglo XIX se apresuraban por ser los primeros europeos en llegar a Tombuctú, imbuidos de la fiebre verniana que impulsaba a exploradores y viajeros a tomar posiciones alrededor del globo con la oculta intención del colonialismo que se fraguaba, ya partían preparados con todos los estudios y conocimientos que se tenían disponibles en aquellos momentos. Tras ellos, una vez abiertas las rutas y con el poder colonial en formación, llegaron los eruditos. En las grandes ciudades de la cuenca del Níger encontraron bibliotecas que fueron a parar enteras a los institutos, museos y bibliotecas galas. Leyeron el Tarich el-Fettash y buscaron la biblioteca de Mahmud ben Alí ben Ziyad al Outí, pero cuando se pusieron a escribir la sorprendente historia de los imperios que gobernaron en los territorios de sus colonias omitieron toda información relativa a las relaciones entre Al-Andalus y el África subsahariana.



Mezquita de Djingerey Ber, construida en el siglo XIV por el arquitecto y poeta granadino Es Sahili en Tombuctú.

Por poner un claro ejemplo de cómo la crítica histórica europea transformó, en concreto, la historia que nos ocupa, mostraremos cómo se abordó la figura del conquistador andaluz Bajá Yawdar, capitán de las tropas del Sultán marroquí Al Mansur el Saadita, que conquistó el Songhay en 1591. En un principio, las fuentes de los países europeos de comienzos del siglo XVII, inmediatamente posteriores a la conquista, al ocuparse de la gigantesca conquista de territorio obtenida por el reino marroquí, se centrarán en dar noticia de la gesta y de juzgar como limitadas las consecuencias económicas del movimiento táctico por el control de las rutas caravaneras en el comercio mediterráneo, que ya había perdido importancia frente a la naciente hegemonía del comercio trasatlántico. En ellas solo se menciona el origen de renegado cristiano andaluz del victorioso capitán.

La historia escrita europea queda así, inamovible, hasta el siglo XX cuando las fuentes coloniales francesas vuelven a ocuparse de ella. Y que conste que solo la europea, pues en Malí hubo escritores que se ocuparon del personaje Yawdar, como veremos, de quien guardan nombre los pozos en las rutas del desierto. Esta vez, menospreciando los hechos históricos, la figura de Yawdar queda minimizada y su origen enturbiado. La hazaña de la conquista queda reducida a un asunto de intereses geoestratégicos marroquíes –como realmente así fue-, entre cuya soldadesca se encontraba un número indeterminado de moriscos alpujarreños. Es una interpretación interesada y muy útil de la historia, por cuanto, a la metrópolis le resultaba conveniente silenciar todo contacto hispano-africano, siguiendo una actitud y una mentalidad eurocéntrica que aun se manifestaba en el dibujante belga Hergé en 1946, quien, en una primera versión del álbum *Tintín en el Congo*, introduce una viñeta en la que su personaje se dirige a los alumnos de una escuela infantil del caudaloso río para indicarles que su madre patria es Bélgica y Leopoldo II su rey. Esta viñeta sería retocada, debido a su incorrección política, tras la II guerra mundial, cambiando la novecentista frase por una inocente suma. La presencia de hispanohablantes entre las filas de Yawdar queda así explicada solo por el empuje intolerante de la inquisición española, la que obligó al destierro a miles de musulmanes que tuvieron que buscar fortuna alistándose en ejércitos extranjeros. Es decir, alimentar la Leyenda Negra española al norte de los pirineos. Y, obligados

los profesionales a seguir una cierta rigurosidad académica, si el cambio de apellido del autor del Fettash, cuando se publica por primera vez la obra, no sirve para ocultar por completo el origen hispano-godo del escritor, al menos lo hace menos evidente.

Pero veamos qué ocurre con los estudios históricos españoles cuando se ocupan modernamente del tema. Al tener disponibles suficientes fuentes, proporcionadas por especialistas franceses, los profesores españoles comenzaron a interesarse por la historia de los reinos e imperios de la cuenca del Níger. En particular, por este episodio de Yawdar, origen de la larga dominación marroquí del desierto. Como es lógico llamaba mucho la atención el hecho de que un capitán renegado, nacido en Cuevas de Almanzora, fuera el intrépido conquistador del reino de los negros para el Sultán marroquí, y el castellano la lengua de mando de la tropa.

Daremos a Cristóbal Benítez el honor de ser el primer español en abordarlo. Este explorador acompañó y guió al alemán Oscar Lenz en su periplo por tierras del oeste africano, publicando en 1887 la obra, *Viaje por Marruecos, el desierto de Sahara y Sudán*, donde nos da cuenta de que en la zona se encuentra un grupo de gentes llamadas "Arma" que afirmaban tener procedencia peninsular. "Los armas" cuenta "dicen ser descendientes de los antiguos árabes que, desterrados de España, se refugiaron en Fez, Tetuán y Rabat, y acompañaron al sultán magrebino Mulay Hamed el-Dahabí a la conquista del Sudán, los cuales, terminada ésta, se establecieron en Tombuctú, llegando a degenerar en el tipo negro, como hoy se ve, por mezclarse con los naturales". Es interesante señalar que los consideró descendientes de árabes musulmanes, de aquellos árabes que una vez vivieron y fueron desterrados de España, es decir, moriscos expulsados, según dice que le refirieron, excluyéndolos así del grupo hispano; y que no hizo mención alguna de renegados, por lo demás, no hago comentarios.

Casi cuarenta años después es el maestro Ortega y Gasset quien recupera el tema con un artículo en el diario El Sol de 12 de marzo de 1924, titulado "Las ideas de León Frobenius". Nuestro filósofo conoce la obra del antropólogo alemán, el primero en abordar África y sus artes en 1898, así

como el libro de viajes del también germano, Einrich Barth; sin embargo, parece desconocer tanto el viaje como la obra de su compatriota Benítez cuando afirma “no puede uno resistirse a echar de menos los grandes africanistas españoles que no han existido”. No parece, por tanto, que, al menos, al escribir el artículo, conociese la obra del patrocinador de Benítez, Oscar Lenz. Con su trabajo -él perdonará mi atrevimiento desde el Parnaso- nuestro admirado maestro no hace más que abundar en la corriente de afirmación de los valores de la hispanidad inaugurada por Menéndez Pidal, dándole una vuelta completa a la óptica francesa. Para Ortega, como para todos los que le han seguido posteriormente, la conquista Saadí del Songhay se reduce solo a una gesta de moriscos y renegados con un brillante almeriense al mando de una enorme caravana militar que atraviesa el desierto y derrota las huestes del emperador Ishaq II. Sus múltiples referencias nacionalistas lo demuestran. Los Armas quedan como “nuestros nobles parientes”, la aplastante victoria de Tondibi fue conseguida por “nuestra raza”, la expedición es “un pequeño trozo de historia de España, probablemente ignorado”, y, para terminar el sultán marroquí “contrató gran número de españoles”.



Pinazas en un pequeño poblado a orillas del río Níger.

Tanto Emilio García Gómez como Manuel Villar Raso continuaron en esta óptica, de considerar la conquista saadí como una gesta española, pero no nos engañemos, las estrictas evidencias históricas son muy pocas y, desde luego, no dejan lugar a dudas de que Marraquesh fue su diseñadora, tal y como ha puesto de relieve Diadié Haidara en su estudio *El Bajá Yawdar y la conquista saadiana del Songhay*. Sobre la historia y personalidad de Yawdar igualmente diremos que los datos biográficos son muy escasos, desde luego todas las fuentes afirman que fue originario de Cuevas, renegado, que murió decapitado en Marraquesh el año 1606 y que en su gesta estuvo al mando de unas tropas compuestas de turcos otomanos, andalusíes y renegados cristianos, algunos posiblemente de los tercios de Flandes, a partes iguales con marroquíes y beréberes. Tan solo los descendientes de los marroquíes se consideran a si mismos como Armas, y solo los descendientes de los andalusíes –que ya habían comenzado a llegar al Níger muchos siglos antes- y los de los renegados –Laluyi- consideran tener ancestros peninsulares. Los Arma y Laluyi, de la región norte del delta interior del Níger suelen llevar el apellido Touré “del blanco”, pero ellos mismos no se pueden distinguir del resto de los paisanos.

Para intentar aclarar el término definitivamente, y dejar diferenciados los tres grupos étnicos que entran en confusión, diremos también que la palabra “Arma”, con que se conoció a los invasores del norte después de la batalla de Tondibi, viene del árabe Rumi o Ruma, como muy bien sabía Ortega, que significa escopetero, y por extensión, ejército. Y esto, que conste, sin menoscabo de la gran cantidad de castellano que se vertió a la lengua Sonray con la conquista, investigaciones estas que ha sido realizadas con notable éxito por profesores de la Universidad de Granada. Mahmud Katí y sus descendientes nunca fueron conocidos con este término, entre otras razones, porque ellos formaban parte de un grupo anterior junto con los descendientes de otros andalusíes llegados unos siglos antes, los Es Saheli, por ejemplo, descendientes del famoso poeta y alarife granadino reclutado por el Kanku Moussa. Para referirse a la familia Qutí se utilizaron varios gentilicios matrilineales, entre otros: Gumbu lanke, o “gentes de Gumbu”; Yaru manke, o “perteneciente a los Soninké”; Al Syllanke, o “familia de los Sylla”. Y esto porque el toledano Alí ben Ziyad, al instalarse

en Gumbu, tomó por esposa a Khadiya bint Abu Bakr Sylla, hermana del Askia Mohamed, de quien tuvo a su hijo Mahmud Katí al Wakarí, “el soninké”. Con la excepcional buena boda del toledano Alí ben Ziyad al sur del Sahara, una familia peninsular se enraíza entre la etnia Sonray de origen local, quedando para siempre infundida de ese doble carácter o condición, hispano africana.

Ni los Armas ni los andalusíes se confundieron jamás, por razones de prestigio de sangre islámica, con los Laluyyi o renegados cristianos, gentes cristianas de Europa, incluida España, que buscaron fortuna y combatieron entre las tropas de los Califas de la Constantinopla turca y de los reyes del Mahgreb, terminando por aceptar la conveniencia y ventajas que les ofrecía el Islam. Nuevos musulmanes conversos fueron muchos de los llegados entre las tropas marroquíes con el Bajá Yawdar al frente. Es lógico que la existencia y la misma historia de estos renegados no fuera tenida en cuenta por nadie. Para cristianos son personajes deshonorosos que han abandonado la verdadera fe, dominados por intereses perversos e inimaginables. Para musulmanes es casi un desmerecimiento tener que aceptar que si no hubiese sido por las unidades renegadas, siempre realizando oficios militares técnicamente especializados, muchas de sus victorias no hubiesen sido posibles.

Comprobamos, por lo tanto, que la historiografía española anduvo un poco despistada, entre tanta novela e intereses nacionalistas. Para Benítez los Armas son árabes, para Ortega españoles. Ni lo uno ni lo otro, son simplemente malienses. Pasa igual que cuando estudiábamos nuestro pasado Andalusí. Para el profesor Emilio González Ferrín, la historia de al-Andalus daría muchos pasos adelante y ganaría en claridad y rigor si los que abordan este periodo histórico prescindiesen de dos de los principales sesgos de opinión. Unos realizan una lectura embelesadora de al-Andalus, haciendo hincapié en lo de la convivencia de las tres culturas, en la excelencia sin par de sus poetas y filósofos, matemáticos, construyendo un territorio anímico temporal de lo utópico. Otros consideran Al-Andalus como algo monolítico y ajeno, que entra y sale de la historia de España. Por eso siempre fueron los árabes los que construyeron tal castillo, por eso frases

como, "cuando echamos a los moros...; este alminar moro..." Unos explican a la luz de sus intereses un periodo de ocho siglos, otros lo rechazan por principio.

Es normal, por lo tanto, que surjan voces y críticas adversas a toda esta teoría de la pervivencia de antiguas familias peninsulares en la curva del Níger. Como es el caso del artículo publicado en ABC con fecha 28 de enero de 2005 por la profesora Nieves Paradela, titulado "¿Godos en Tombuctú? Riesgos y desvaríos de la historia ficción". El artículo es la reseña de la edición de los libros de Ismael Diadié Haidara, *Los últimos visigodos*, y de éste junto con Manuel Pimentel, *Los otros españoles*.

En ella la profesora hace una lectura escéptica de la hilazón histórica que aquí intentamos desvelar. Es imposible, afirma, que una familia de godos haya pasado por las tres condiciones, mozárabe, muladí y mudéjar, a lo largo de la historia de Al-Andalus sintiéndose en todo momento goda. Y comprobamos que no es cierto, pues ahora conocemos una, al menos, que lo hizo. Solo que nosotros no sabemos cómo exactamente se sintieron los antepasados de Mahmud Katí que aquí hemos mencionado. Incluso, hemos visto, hubo sacerdotes en la familia. De lo único que hay constancia es de sus obras y sus apellidos, esto nadie se atrevería a negarlo, y también de que tanto cristianos como musulmanes dieron testimonio de actuar y escribir como devotos creyentes, poetas o especializados investigadores, pues sus obras así lo demuestran.

Afirma la autora de la reseña que no es posible que haya una familia goda que se sienta como tal cuando después de tantos siglos el Islam habría producido una aculturación histórica entre la población autóctona de Al-Andalus, donde nunca hubo grupo social que reivindicara su origen pre-islámico, y mucho menos en el caso de una familia africana. No tenemos constancia, sin embargo, de que ningún miembro de este árbol genealógico lo hiciera. Lo único que podemos constatar es la pervivencia del apellido, sin connotaciones reivindicativas. Pero ¿qué hacer cuando tu apellido te lo recuerda?

Por otra parte, es muy cierto que el toledano Alí ben Ziyad al-Qutí, en su travesía desterrado hacia el Sudán, al pasar por el oasis de Tuat, en pleno desierto, compró un libro llamado *Shifa del Quadí Iyad*, en cuyos márgenes escribió que habían llegado hacía dos meses “viniendo de nuestra tierra de Toledo, capital de los godos”. Tan cierto como que sus palabras manuscritas se podrían citar en árabe. No se trata ahora de españolizar Al-Andalus, como con sentido crítico afirma Paradela, ni siquiera de españolizar Malí. Sino de que cada uno conozca su verdadero pasado, para encontrarse a sí mismo, simplemente. No se trata de esgrimir la germanía de una familia de Tombuctú, sino de constatar que su condición de malienses no les quita su procedencia andalusí, ni ocho siglos detrás, goda. Decir que ni Averroes, ni Ibn Arabí fueron jamás españoles, ni jamás pertenecieron a la cultura española, como afirma Paradela, resulta, cuando menos, descorazonador, cuando ya habíamos tendido ese puente que pasa de Miguel de Molinos a Juan de la Cruz y Teresa de Jesús. Exactamente españoles, bueno, España, como ahora la conocemos, no existía, fue posterior. Mucho más lejano queda Homero y nadie niega su pervivencia en nuestra cultura. Se trataba de tender puentes para comprendernos a nosotros mismos. Nunca se han blandido supuestas estirpes aristocráticas como hechos diferenciadores, solo hay que conocer al señor Diadié Haidara para saberlo, hijo de un admirable cartero de Tombuctú. Por Malí ha pasado, como por España, todo tipo de gentes, por eso todos somos mestizos.



Manuscrito del Fondo Katí con notas de Alí ben Hola sobre la vida de Mohamed Abana.

Pero volvamos al mencionado artículo de J. Hunwick, "Studies in Tarikh al Fetash, III. Kati´s origin" para clarificar gran parte de las dudas que pueden surgir todavía entre el academicismo escéptico. Al volver por tercera vez sobre el tema que tanto le ha ocupado a lo largo de su labor investigadora, Hunwick se pregunta si hubo más de un autor entre los redactores de la famosa crónica. Cuenta que en agosto del 1999 el profesor Ismael Diadié Haidara le "invitó a examinar manuscritos de la familia Katí de Kirchamba, que él llevó a Tombuctú para preservarlos", atestiguando que entre ellos había "algunos con notas marginales de Alfa Mahmud Katí" con los que se puede fehacientemente "aceptar lo que dice al-Saadí en el Tarikh As Sudan, que Alí ben Ziyad era su padre". Acepta igualmente que "éste estaba en Tuat en 1468" y que "se casó con una soninké", y para respaldar aun más lo que sostiene Haidara afirma que "los ancestros de este Katí vienen de España, su nombre significa godo. Toledo era cristiana en 1085 pero algunos musulmanes vivían allí hasta 1502, cuando un edicto real los obliga a convertirse o emigrar".

Por lo tanto, debemos dejar de lado supuestos cambios de localidad "imposibles", las suposiciones de que hubo familias enteras inadaptadas a su sociedad islámica, reclamando su pureza de sangre goda, por el mero hecho de llevar el nombre Al Qutí, o afirmaciones como "Por ello, resulta bastante increíble que un hombre musulmán de mediados del siglo XV, Ali Ben Ziyad, se refiriese —como escribe Diadié— a su Toledo natal como «localidad de godos», ni más ni menos que siete siglos después del fin del estado visigodo y de la desaparición de la mayoría de godos como tales en al-Andalus", tal como escribe Paradela, a quien solo le recomendaríamos que se acercase a la biblioteca de Tombuctú y viese. Seguramente Alí, el toledano, conocía su historia, en concreto seguro que conocía la historia escrita por su antepasado Abenalcotía. Resulta bastante increíble, es cierto, pero existen documentos para comprobarlo. No obstante, en mi opinión, es mucho más increíble que su biblioteca se haya conservado hasta nuestros días. Verdaderamente milagroso conociendo las circunstancias que motivaron su definitiva dispersión a principios del siglo XIX.

Pero no dejemos nada en el tintero cuando todavía queda una duda primordial. En efecto, Ismael Diadié Haidara podría bien ser un maliense avisado, con formación académica y coleccionista de manuscritos donde ha encontrado todo este material escrito a cuya línea argumental se suma como colofón con oscuros propósitos heráldicos. Al fin y al cabo, ni su apellido suena a godo. Todo podría ser posible y dudoso si no tuviéramos el Fondo Katí para consultar. Sin duda, esta sería una de las primeras vacilaciones que asaltaron a las autoridades culturales españolas, cuando en 1999 Haidara decidió dar a conocer y reclamar atención para el legado de sus antepasados. Bien cierto es, como comenta irónicamente la profesora Paradela, que el rastro de la familia desde el siglo XV no deja espacios en blanco. Aunque varias veces estuvo a punto de hacerlo, en concreto en 1810, momento en que los tatarabuelos directos de Haidara pierden el apellido Qutí, forzados por las duras y amenazantes circunstancias sociopolíticas que se viven en la amplia curva del Níger, y se pierde la pista de la biblioteca.

Durante el último tercio del siglo XVIII surge en Massina, capital de la región del mismo nombre, situada entre Djenné y Tombuctú, justo antes de que se abra el enorme delta interior que las aguas forman al adentrarse en las zonas niveladas del desierto, un integrista iluminado que pasará a la historia como el fundador de una dictadura teocrática represiva. Su nombre, Sheku Amadou, no revela su condición de pastor Peulh, una muy antigua etnia de vaqueros y cabreros trashumantes, con interesantísimos orígenes nilóticos, sobre cuya rica mitología salomónica tanto nos trasmitió el maestro Hampaté Bâ, que, situados a lo largo de la franja saheliana-sudanesa, se habían asentado en la región de Massina en tiempos del emperador Kankan Moussa, islamizándose y compaginando la agricultura con sus habituales trabajos de trashumancia ganadera. Este Sheku Amadou estuvo estudiando entre los sabios Haussa y, al volver a su tierra de Massina, formó una tropa de jóvenes talibanes exaltados que amenazaba de continuo tanto a los gobernadores de Tombuctú, río abajo, como a los reinos Bambaras de río arriba; reinos que, todavía, a finales del siglo XVIII, se encontraban inmersos en la trata de esclavos con los blancos y en las religiones “paganas” de sus antepasados. La situación de destrucción y

crisis en la que se encontraba el entramado social, después de siglos de depredación, como diría el profesor Iniesta, era insoportable para una población que no tenía más remedio que convertirse o con el Libro, o con la espada.

En aquellos momentos la biblioteca había quedado desperdigada después del deceso de su último propietario y su consiguiente repartición en herencia, esperando, como siempre, a que alguien en la familia se quisiera ocupar de ella. Dos personajes de sobresaliente importancia, eslabones necesarios, para que el corpus haya llegado hasta nosotros, Alí Gao y su sobrino Mohamed Abana, reunidos en Gundam, un enclave cercano a Tombuctú, donde las aguas desperdigadas del delta vuelven a encontrar cauce, toman la decisión de volver a reunificar la biblioteca. Recorriendo diferentes enclaves familiares en busca y reclamo de manuscritos, convenciendo a los familiares, muchas veces comprándolos y haciendo devolver los préstamos bibliotecarios que medersas y particulares habían obtenido hacía ya casi 50 años, cuando la biblioteca estuvo abierta al público, logran volver a unificar todo el fondo bibliográfico a finales de siglo. Pero para entonces los integristas peules dominaban no solo Massina, sino que se habían apoderado de Djenné y de casi todo el delta interior, situándose a las puertas de Gundam ante la debilidad del Bajá de Tombuctú. En 1810 Alí Gao y su hija, la celebre y culta Arkiya, ahora esposa de Abana, reúnen en Gundam a los principales jefes de la familia para tomar una difícil decisión. Hay que ocultar la biblioteca y proteger la familia del fanatismo integrista. Los peules, en su afán purificador, pretenden iniciar una limpieza étnica para lograr un territorio limpio de infieles, sin rastro alguno de antiguos cristianos ni hebreos comerciantes. Para ello necesitan rescribir la historia, apoderarse de los textos y censurarlos. Y los textos se encontraban en casa de Alí Gao en Gundam, era solo cuestión de días o semanas, los seguidores de Sheik Amadou estaban a las puertas de la ciudad y habían arramblado con cuantos libros inapropiados encontraban a su paso. La familia, y no solo la biblioteca, corrían peligro, pues era de sobras conocido que los Qutí no podían presumir de limpieza de sangre.

Fue una decisión costosa para la unidad de la familia. Desperdigar y ocultar la biblioteca que habían heredado de sus antepasados justo después de haberla reunificado. Mohamed Abana, prolijo escritor, tuvo que desaparecer de la escena por motivos familiares graves que serían largos de explicar para las intenciones de este ensayo. Quien esté interesado debería acudir a la publicación de su obra epistolar de viajes, la *Rihla*, de reciente aparición. Desde su forzado periplo siguió adquiriendo libros, escribiendo sobre los márgenes sus pensamientos, y enviándolos a su querida esposa Arkiya y a sus hijos, a Gundam, a quienes nunca olvidó. Sus hijos fueron desheredados por los descendientes paternos de Alí Gao, los hermanos de su esposa, y parte de los manuscritos fueron ocultados por otros miembros de la familia. Sin embargo, los peules lograron su objetivo integrista. Se apoderaron de algunas copias del *Tarich El-Fettash* y de cuantos volúmenes quedaron en casa del patriarca de Gundam, los que consideraron necesarios para rescribir la historia de un país de musulmanes puros, sin rastro de infieles. Desde entonces los hijos de Arkiya y Abana, de los que desciende Ismael Diadié Haidara, pasaron a utilizar los nombres maternos como una forma de ocultarse ante los furibundos integristas.

Cuando llegaron los primeros franceses con intenciones coloniales, a mediados del siglo XIX, los libros de historia que encontraron no hacían ninguna mención de descendientes de renegados ni hebreos. Eran los ejemplares que habían sido propiedad de los integristas peules, realizados por sus copistas. Y, por supuesto, no dieron con la ya famosa biblioteca pública que los Qutí habían conservado por siglos. Visto a la luz de nuestros días, la decisión de ocultar la biblioteca fue la correcta, esto la salvó tanto del completo expolio integrista como del saqueo colonial. Estos manuscritos peules luego se estudiarían y darían lugar a las ediciones que, de momento, hasta hoy se pueden cotejar.

Así pasaron casi dos siglos, con los libros escondidos en los desvanes de pequeñas casas de los humildes poblados del delta, Kirchamba, Diré, Tindirma, donde la familia se dedicaba a la agricultura y la ganadería. Tatarabuelos, bisabuelos y abuelos de Ismael Diadié Haidara, ahora llamándose por los apellidos de sus madres, se ocultaron esperando que

algún día su familia pudiera de nuevo salir del anonimato para volver a recuperar el prestigio de jueces y letrados del que habían disfrutado en el pasado. Pero salir de la humildad de un pueblecito como Kirchamba requiere de condiciones especiales de educación y prosperidad que solo conseguiría el padre de Ismael, jefe de los carteros de Tombuctú durante el régimen comunista de Modibo Keita. Diadié, como todos le conocían, se preocupó por los estudios, de hecho fue un lector empedernido. Él empezó la recuperación de la biblioteca y designó a su hijo Ismael como continuador de su empresa, proporcionándole estudios de arte dramático en la capital, Bamako. En cierta ocasión agarró un par de manuscritos y se dirigió por tierra hacia España. Cuando llegó a la aduana se topó con el muro de protección europeo de papeleos y visados, teniendo que volverse. Desde allí solo pudo ver al otro lado del estrecho la tierra de sus antepasados. En las aduanas españolas, pensaría, no entienden de bibliotecas y manuscritos, y mucho menos de africanos dedicados a la recuperación y salvaguarda de bibliotecas centenarias.

¿Cómo fue posible que Diadié, el cartero, mirara las costas españolas con esos pensamientos?, se preguntarán. Entre los manuscritos que había logrado recuperar de su familia contaba con algunos ejemplares en cuyos márgenes habían escrito sus antepasados. Guardando memoria del origen familiar de forma, diríamos, casi obsesiva, tanto el Alfa Mahmud Katí como sus descendientes ilustrados se habían complacido durante siglos escribiendo tanto crónicas genealógicas familiares como panegíricos sobre Al Andalus y sus ciudades paradisíacas, pues este discurso quedó del paso del Islam por nuestra tierra entre los musulmanes de otras tierras y otros tiempos. En concreto en el África negra subsahariana. Cuando recorría por primera vez la gran mezquita del barrio Djinguerey-Ber, el guía nos condujo hasta el patio llamado de los andaluces. Al mencionarle yo que viajábamos desde la lejana ciudad de Málaga, en la actual Andalucía europea, él contestó con cierto orgullo, -Yo soy andalusí, también-.

En concreto el manuscrito numerado 514 del Fondo Katí contiene 285 notas de puño y letra de Abana, en las que describe las ciudades de Granada, Toledo, Valencia, Sevilla y Almería, tal como las recordaron sus

antepasados venidos de la península. Así mismo el siguiente manuscrito en el Fondo, el 515, contiene dos libros de Abana, a saber, un repertorio o catálogo de los títulos de todos los manuscritos que se lograron reunir en su casa de Gundam a finales del siglo XVIII; y una historia del reinado del gran Askia Mohamed, benefactor del primer africano de su familia, su sobrino, el Alfa Mahmud Katí. Igualmente este volumen encierra dos libros de Alí Gao; una antología de los poemas del escritor y arquitecto granadino Es Sahili – que aun hoy no ha podido ser consultada por los estudiosos de sus conceptistas obras- y, al igual que en el anterior, una nueva descripción de las ciudades de Al Andalus entre las que incluye Córdoba, la califal, y Sevilla, la almorávide. Se guarda allí, entre ellos, también un libro donde Abana cuenta su destierro voluntario por las tierras inmensas del Níger, posiblemente el primer libro de viajes escrito por un maliense, al igual que un escrito sobre la vida y aventuras del Bajá Yawdar, escrita por Alí Gao en alguna fecha alrededor del cambio al siglo XIX, por tanto, la primera obra moderna que se dedicó a este personaje.



Manuscrito del Fondo Katí con notas de Alí Gao reproduciendo el *diwan* del poeta y arquitecto granadino Es-Sahili.

Estos escritos marginales de Abana, de estos y otros volúmenes, componen hoy, a principios del siglo XXI, lo que ha sido la primera edición de un texto del Fondo Katí, la *Rihla*, de Abana – que arriba ya mencionábamos-, está

acompañada en su lujosa edición por un magnífico reportaje audiovisual de la productora malagueña Hilvan. Quedan aun pendientes tantos estudios por hacer y publicar, que, por plantear una primera y obligada idea, propondría hacer una imprescindible traducción al castellano de las anotaciones marginales que, en diversos volúmenes, y tal como vimos, escritas por los subsecuentes Mahmud Katí uno, dos y tres, compusieron el Tarich el-Fettash que conocieron amputado sus primeros editores europeos; y hacer una nueva y primera edición completa en nuestra lengua común latina.

No abundaremos sobre los escritos que tienen a nuestra tierra por tema de añoranza en el Fondo Katí, pues solo nombrarlos sería excesivo para nuestras intenciones. El número de manuscritos que componen este grandioso Fondo Katí ha oscilado en los artículos de prensa que abordaron la aparición de la singular colección desde el año 1999. Una tarde, en el despacho de Haidara, contiguo a la habitación que custodia los legajos, éste me comentó que el número total de volúmenes es de unos 7026, pero, en muchos casos, cada uno de ellos contiene más de un documento en su interior. Contando el número de documentos la cifra se encarama en los 9000. Entre ellos, manuscritos que encierren notas de sus antepasados hay unos pocos más de 3500. Es increíble. Solo pensarlo da vértigo. Entrar en la habitación, oler y sentir las vibraciones de los documentos a mi alrededor, reconozco, me hace sentir flojas las rodillas, allí, sobre tablas polvorientas, unos encima de otros, sin restaurar, cubiertos de la arena del desierto, del olvido, esperando.

No sabíamos nada de todo esto en España. No conocíamos que hubo españoles que se fueron a vivir al África negra. Solo los arabistas y quizás algunos historiadores lo sabían. Nadie nos contó estos hechos de los que tanto deberíamos aprender. No nos engañemos, no es nuestra historia. Las familias que una vez formaron parte de nuestro pasado se fueron a construir parte de la historia de otros reinos. Esta es, quizás, la primera enseñanza que podemos aprovechar los españoles como consecuencia de la reaparición del Fondo Katí. Cómo fue que tantos se tuvieron que escapar de nuestro territorio y cómo poder evitar que ocurra de nuevo. Pero, ¿cuántas

cosas más averiguaremos estudiando sus preciados manuscritos? Me temo que, de momento, nadie podría imaginarlo.

Cuando los primeros representantes de la Junta de Andalucía se desplazaron hasta Tombuctú para comprobar la veracidad de las afirmaciones de Ismael Diadié Haidara y la existencia real de los manuscritos, éste les invitó a pasar un día en el pequeño pueblecito de Kirchamba, donde su familia y parte de los manuscritos habían estado tantos años. Allí, a unas horas de paseo en piragua río arriba en pleno delta, al atardecer, después de disfrutar de la agradable hospitalidad rural, reunidos con los ancianos de la familia, todos de ascendencia Qutí, éstos expresaron a los políticos andaluces solo dos deseos largamente acariciados y considerados por el consejo de respetables. El primero, que los manuscritos que todos habían conservado durante siglos y que el nuevo y joven patriarca Ismael había reunido y desplazado para su conservación hasta Tombuctú, tuvieran un edificio digno donde ubicarse. El segundo, que sus nietos tuvieran la oportunidad de estudiar el castellano, la lengua que sus antepasados perdieron al cruzar el estrecho. El primero de sus deseos se ha cumplido con la construcción del inmueble que alberga actualmente el Fondo Katí, el segundo queda aun hoy pendiente.

Luis Temboury
Málaga, 11 Julio 2006.